

Trabajadores, sindicatos y política en Tucumán. 1930-1943¹

María Fernández de Ullivarri

El Coronel Perón ganó en febrero de 1946 las elecciones presidenciales y su partido, el Partido Laborista, obtuvo en la provincia de Tucumán el porcentaje más alto de votos de todo el país. Las investigaciones centradas en la construcción del peronismo local señalaron que gran parte de esos sufragios provinieron de la estructura y del trabajo del “movimiento obrero provincial”. Estos trabajos partieron de un conjunto constituido de actores que participaron activamente en la política peronista. Pero ¿de dónde surgió, cómo se conformó y cuál era la experiencia de esa base obrera que dio forma en Tucumán al Partido Laborista y se impuso con fuerza en las negociaciones políticas apelando a su “capital electoral”?

Con esa pregunta inicial, el objetivo de la tesis fue analizar la experiencia y las prácticas políticas de los trabajadores tucumanos en general y del movimiento sindical en particular en una década compleja como la del treinta, donde todo estaba apasionadamente ideologizado, pero donde la única certeza era la incertidumbre. Partimos de suponer que la vocación de participación política que encontró cauce institucional con el peronismo, fue una construcción que se

¹ Tesis de Doctorado, área temática Historia. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. 2010

consolidó en el período 1930 y 1943. En esa dirección, a partir de un profundo proceso de crecimiento y organización sindical, estos años dieron forma a un escenario de disputa y de ampliación de los límites políticos y sociales que circunscribían los espacios, repertorios y lenguajes de conflicto social y las posibilidades de acción para la clase obrera.

El contexto analizado –local, nacional e internacional– fue tan inclemente que no dejó de inscribir su huella en la historia de estos trabajadores. En efecto, entre 1930 y 1943 se vivieron en el país las consecuencias de una crisis económica sin precedentes, el derrocamiento de un gobierno democrático y el desprestigio de las instituciones liberales y de toda la ingeniería institucional articulada en torno a la ley Sáenz Peña. Esta situación franqueó, entonces, las vidas de todos los hombres y mujeres trabajadores/as con un régimen que, apoyado en la exclusión política, económica y social, recortó los márgenes de la ciudadanía y potenció las sensaciones de explotación, de desarraigo político y de injusticia social.

Sin embargo, por paradójico que resulte, esos años se caracterizaron por una profunda politización social, ya que a pesar de que varios canales de expresión estuvieron entorpecidos por el fraude y la represión, la política anidó en otros espacios y se capilarizó por la sociedad. Comités de lucha, antifascistas, contra la carestía, comités vecinales, alianzas interclasistas, comités de unidad popular, bibliotecas populares, etc., fueron dando forma a una sociedad politizada que, al mismo tiempo, demandaba ser parte de la arena política. En ese proceso incidieron también, y en gran medida, las problemáticas europeas que por cercanas a las vivencias de los inmigrantes, sus hijos y nietos, repercutieron intensamente en la sociedad. En efecto, durante los años treinta, como señaló Eric Hobsbawm, la intensidad con la que se supeditaron los problemas nacionales a los mundiales no reconoce parangón en la historia.²

²HOBBSAWM, Eric, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2000.

La estructura de la tesis se tejió a partir del relato de un proceso dinámico y complejo de organización y movilización, planteado como una trayectoria de avances y retrocesos que fueron dando forma a la experiencia del grupo social. En ese sentido, la trayectoria obrera fue presentada en su doble cara, el conflicto y la organización. Ese relato, asimismo, está desplegado en tres bloques temporales. El primero de ellos abarca el período de 1930 a 1933 y aborda los cambios políticos, económicos y sociales introducidos por la profundidad de la crisis de 1929. En este apartado la atención se centró en los discursos que, envueltos en un aire de tragedia, develaban la miseria del hogar obrero. Sin embargo, en una atmósfera donde las solidaridades se tornaban complejas, estos discursos se consolidaron como una estrategia que permitió sostener la resistencia. Posteriormente, el declive del gobierno de facto habilitó nuevas posibilidades de lucha y la fragilidad de la subsistencia, eje de la conflictividad durante los primeros años de la década, fue dando paso a protestas más estructuradas alrededor de problemáticas de tinte político y clasista. Aquí, la discusión de la postura de prescindencia, entendida como la tajante separación entre las cuestiones de índole gremial y las de índole política (sostenida por la dirigencia sindical nacional) y los sentidos otorgados a ella, empezó a dibujarse como el eje del debate político en el seno del movimiento obrero, ya que delimitaban el universo posibilidades para la acción política de los trabajadores.

La segunda parte de la tesis hace hincapié en la construcción de un entramado sindical, las heterogeneidades del mundo obrero y las dificultades para organizarse. Aquí se plantearon las tensiones entre dirigentes y base, entre partidos obreros y sindicatos afines, entre asistencia y reivindicación, y entre dirigentes y organizaciones. Un punto central en este proceso lo constituyó la conformación de una central obrera. La Federación Provincial de Trabajadores terminó de dar forma al escenario gremial y logró, no sin dificultades, articular en un solo espacio a un conjunto amplio de voluntades y hablar en nombre de ellas. Asimismo, la búsqueda de la articulación nacional a través de federaciones o uniones configuró otra arista importante que, aunque fortaleció los lazos, presionó

también sobre el tenso equilibrio de poder local y desdibujó las trayectorias de la dirigencia tucumana en pos de una nueva articulación nacional. Asimismo también, en sentido inverso, puso en discusión la carencia de espacios de representación regional en las direcciones nacionales.

En el corto plazo, este proceso de (re)estructuración y (re)construcción sindical, en conjunto con las circunstancias políticas de la provincia, desembocó en el reajuste del vínculo entre trabajadores y Estado. En definitiva, la lucha por consolidar un movimiento sindical implicó no sólo la búsqueda y reorientación de un lugar de interpelación hacia los pares, sino también la fundación de una nueva relación con la estructura estatal. Otro reajuste importante fue el vínculo con “los otros” sectores sociales. Allí se inscribieron las alianzas y solidaridades con distintos grupos a través de las cuales las organizaciones gremiales y sus dirigentes fueron construyendo espacios de acción política como comités y frentes, muchos de ellos con un contenido antifascista.

Esta dinámica intensa de debate, movilización y discusión entronca con la tercera parte de la tesis que se articula en torno a la política como práctica sindical. En este sentido, ese proceso de construcción de solidaridades extraobreras con un amplio abanico de grupos sociales: los pequeños cañeros, las amas de casa, los desocupados, las agrupaciones políticas liberales, los grupos culturales y los estudiantes, fue fortaleciendo la voluntad política de los trabajadores. En consonancia con las causas elegidas para la lucha, el movimiento sindical tucumano fue construyendo una estrategia para gestionar su incorporación al mapa político. Las formas de lograr esa inserción fueron diversas, fallidas algunas y otras más exitosas. De ese proceso dan cuenta el “Comité Pro Defensa de la Democracia”, “la Alianza Obrera y Democrática”, la “Alianza Democrática”, la “Unión Obrera y Democrática” y el “Comité Democrático Pro Organizador de la Unión Democrática.” Esta vertiginosa dinámica asociativa descubre la complejidad del clima de época y explica la vehemencia con la que los líderes gremiales juzgaron, a principios de los años cuarenta, que si no se

combatía a la “reacción” apelando a la unidad se acercarían tiempos difíciles en un contexto mundial donde la apasionada disputa entre “la libertad” y “la reacción” articulaba el pulso de la política. Esto quedó claramente plasmado en el ímpetu dedicado a la consolidación de un frente político y electoral como la Unión Democrática Argentina en 1943 donde los trabajadores dejaron claro que tenían derecho a discutir la nación y su política.

Esta suerte de “*ethos* colectivo”, destinado a sostener las instituciones, el sistema democrático amenazado, el gobierno de la provincia y sus propias preocupaciones, revela que a lo largo de la década la trama del conflicto de clase se abrió hacia un repertorio más complejo de intereses donde política y poder marcaron una impronta significativa.

En definitiva, la tesis anida en la idea de que los antagonismos de clase, la conciencia, la experiencia y la lucha se expresan en una variedad de formas y remiten a la cultura y los contextos donde los trabajadores desarrollan sus vidas. Propone también entender que los fenómenos caracterizados socialmente como políticos son amplios y adquieren sentido también en los escenarios donde las personas actúan. La política es, en ese sentido, un concepto que abarca todas las esferas de la vida social y está constituido por experiencias y sentidos cotidianos. En definitiva, el *air du temps* y los espacios geográficos configuraron o condicionaron las posiciones y los discursos de clase en la provincia. En Tucumán, durante la década de 1930, el discurso de clase tuvo complejas aristas políticas que excedieron la demanda proletaria tradicional o que, en todo caso, la ampliaron, pero ello no desdibujó el conflicto social y la protesta laboral que siguieron siendo ejes nodales de la acción sindical. Finalmente, el golpe de estado de 1943 asfixió temporalmente una voluntad muy consolidada y muy sentida de participación en el escenario público construida a partir de las experiencias sindicales y políticas de los años treinta.

¿Qué aporta esta investigación a la historia de los trabajadores argentinos? Creemos que con esta tesis hemos contribuido de algún modo a desentrañar las conflictivas relaciones entre actores no reificados. Entre seres humanos que, intentando sostener sus ideas, sus anhelos, sus esperanzas y sus expectativas, construyeron una trama de vínculos, de enfrentamientos, de diálogos, de luchas y de posibilidades. La clase obrera tucumana, o sus dirigentes, fueron tejiendo un paño de solidaridades, alianzas y apoyos y fueron bordando organizaciones que terminaron de dar forma a un escenario sindical en la provincia de Tucumán con presencia continua en las calles, con aspiraciones políticas y legitimidad propia, que adquirió un peso específico muy relevante como interlocutor obligado de partidos, gobiernos y grupos sociales, al punto en el que se consideraron “salvaguardas de la democracia”.

Tanto en lo político como en lo sindical, a lo largo de la larga década del treinta las organizaciones tucumanas hicieron de la búsqueda de solidaridades y la acción conjunta una forma de disputa que no solo amplió sus posibilidades de obtener resultados, sino que también legitimó y politizó sus causas. Para ello, los sindicatos reformularon su vínculo con otros sectores sociales y con el Estado, entrelazaron política y protesta y dieron curso, por eso mismo, a su voluntad de participación pública ya sea mediante acciones tendientes a lograr hechos políticos o demandando su inserción institucional. Es entonces que el período que va desde 1930 a 1943 puede pensarse como nuclear en el proceso de construcción, reorganización y crecimiento de instituciones sustentadas en experiencias de clase y la ocupación progresiva por parte de éstas de un lugar dentro del juego político provincial.

Durante los años treinta, entonces, los trabajadores tucumanos se fortalecieron como actores sociales, pensaron sus instituciones de manera necesaria y sus métodos de resistencia de forma contingente. En efecto, en un paisaje que parecía tan apasionadamente ideologizado, nada tuvo, en realidad, un tinte permanente y la incertidumbre fue una característica de la década. La

carencia de certezas respecto a cómo terminarían resolviéndose los conflictos permitió que la concreción de una solución, o la búsqueda de ella, se asentara y abrevara en el contexto que la rodeaba y en la capacidad de entenderlo que tenían los actores inmersos en él. Por ello, la clave de la construcción de los trabajadores como un grupo social destacado fue, en definitiva, la plasticidad del movimiento obrero para amoldarse a los escenarios propuestos o impuestos a través del conflicto y/o la negociación.